

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Martes 9 de Octubre.

El Eco de Cartagena

EL SOMBRERO.

(ASUNTO CAPITAL.)

El sombrero se inventó para resguardar la cabeza de los rayos solares: esto es indudable. Mas luego pasó á la categoría de adorno, y despues alcanzó el carácter y respeto de institucion: la de los Caballeros cubiertos, que están autorizados por la ley para ser mal educados.

Pero ¿qué digo? ¿Voy yo tambien á incurrir en la vulgar preocupacion de que el sombrero representa y sintetiza la cortesía? El pueblo lo ha dispuesto así; la sociedad lo ha escrito en el gran libro de la deuda en que muchos desean quemarle—¡no soy de ellos!—y la cosa merece, cuando menos, discutirse.

Es cierto que el sombrero ocupa el lugar mas noble del ser humano: la cabeza; es cierto que está sobre la residencia de las facultades intelectuales; es cierto que al bajarle de su trono se efectúa un acto de humildad y acatamiento respecto de la persona que lo motiva.

Además, noten mis lectores qué diferencia tan notable separa un saludo de un puntapié. Entre aquel y éste media la distancia que va de inclinar el cuerpo hácia delante é inclinarle hácia atrás: cuestion de equilibrio.

Ahora es cuando encuentro justificada la costumbre de quitarse el sombrero, pues claro está que si á un mal sujeto que sólo merece nuestro desprecio le aplicamos la punta del pié debajo de la espalda, ante un amigo digno de aprecio debemos descubrirnos la frente. Y así sucede. Con el sombrero fuera de la cabeza entramos en las casas que visitamos, en el teatro y en el templo de Dios; así se piden los favores; así se implora la clemencia del cielo.

Todas las frases sacramentales empleadas por el vulgo encierran un secreto arrancado involuntariamente al individuo. Esto ocurre con la

frase que se oye con frecuencia cuando uno, preguntando por su sombrero, exclama: ¿Y mi cabeza?—El continuo roce de la frente con el forro de aquel adorno, la connivencia del fieltro y las ideas, ponen en comunicacion á estas con aquel. Por esto sentimos tanto cualquier ultraje inferido al sombrero. Si una gota de agua le mancha, pensamos que un diluvio nos cae en la cabeza, y nos refugiámos en un portal; si tropieza en un toldo, nos quejamos amargamente de la policia urbana que consiente esos entorpecimientos en la via pública; si se sientan sobre él... ¡Ah! entónces la indignacion nos ahoga y descargamos una bofetada en el rostro del apabullador. ¡Cuántas veces es un sombrero la causa de un desafio y se concluye con la espada de duelo aquello que debió arreglar la plancha del sombrero!

Pero todo lo dicho revela que la cortesía ha obrado perfectamente imponiendo la costumbre del saludo. Una sola falta le halló que si hoy tropezamos con un señor que se contenta con que nos quitemos el sombrero, mañana podemos tropezar con un tirano que exija nos quitemos la cabeza; y por eso yo preferiría que se saludase quitándose un guante, y en este caso la amputacion sería dolorosa, pero menos trascendental que en el otro enunciado.

Nada representa mejor á cada hombre que su sombrero, pudiendo asegurarse que este es el espejo del bolsillo, así como la cara es el espejo del alma.

El sombrero es el rostro del bolsillo.

Tan convencido vivo de esto; que al llegar á una visita, consulto siempre las perchas donde se cuelgan los sombreros, y ellos me cuentan qué personas hay en la casa y cuáles son sus historias. Habrá en la percha un sombrero nuevo, resplandeciente, magnífico, propiedad del hombre de negocio que nada en oro, despues de ahogar á los que le confiaron el suyo; otro sombrero con gasa que pregona el llanto que debia arrancar á su dueño la memoria de su fiel esposa, á la que acaso entónces busca sucesora;

y no faltará de fijo un sombrero que no es sombrero, con la cinta grasienta, el ala caída, la copa sin brillo, surcada de las arrugas de la vejez y de las viruelas que brotó en su seda la lluvia del último otoño... Si quereis buscar al que se puso ese sombrero, no entreis al salon, no. Mirad á vuestra derecha, en la antesala, ese pobre viejo que va en busca de una posicion social como Jerónimo, Paturot, y que cansado de mantener la vertical se ha sentado en un banco, que es para él de la paciencia, donde aguarda que el señor le reciba cuando despida á los amigos que ahora le hablan, y coma y duerma la siesta, y lea el correo y le despache. Acaso percibís en la percha un sombrero enorme, un sombrero de feja con sus alas inconmensurables que le asemejan á fatídica mariposa... Retroceded, no paseis adelante. Ahí anda la muerte. Ahí un hombre se confiesa por última vez y rinde á Dios la más grave de las cuentas, esa cuenta en que, por lo comun, la columna de las cifras buenas es mucho más breve que la columna de los guarismos malos.

Desde el sombrero apuntado de Napoleon, aquel que se caló en Austerlitz y le quitaron en Waterloo, —sombrero digno de Mercurio, porque tenia, además de la corona imperial, las alas de águila que le encumbraron un dia al Capitolio para arrebatárselo luego á Santa Elena,—hasta el morrion del soldado, hay una escala á que puede ajustarse la historia de todas las guerras. Desde el sombrero *clacq* del aristócrata, perfumado y coqueton, hasta la gorra sucia del jornalero, media un abismo, que no han bastado á llenar todas las revoluciones. Dijérase que para arreglar el negocio faltan sombreros, si no supiéramos que lo que faltan son cabezas.

Hay sombreros para los cuales la sombrerera es un calabozo donde permenecen toda la vida, y de donde salen como indultados por Jueves Santo y el Corpus Christi; dias en que se ostentan en la cabeza de sus buenos dueños con cierta pompa y decoro majestuoso, aunque les debe causar aficcion extrema ver cómo se

pasa el tiempo y ellos de moda, y llegan á ser un anacronism o viviente.. Sombrero de estos conozco que rodó por el suelo cualquier día del *bienio* —que ocasiones hubo entónces para que rodara,—ha vuelto á rodar el año 73, y aún espera en su caja de carton, punto menos que nuevo, momento y solemnidad oportunos para rodar por tercera vez.

Terminaré diciéndoles una cosa que ya tienen ustedes olvidada: que el mejor sombrero de nuestros dias es Alarcon, que ha fabricado *El Sombrero de tres picos*, obra que estará siempre de moda.

JOSÉ ORTEGA MUNILLA.

Misceláneas.

Rareza.—Escupe peces un pozo artesiano que hay en el condado de Ventura, Estado de California. Se presentaron ejemplares de ellos en una reunion de la Academia de San Francisco, y se supone que son del género trucha. El pozo se perforó en 1871, y desde entonces todos los años por abril y mayo, arroja, grandes cantidades recién aovados. El pozo tiene una cubierta de tres orificios de dos pulgadas de abertura, por una de las cuales acostumbraba el pueblo llenar barriles de agua para el uso doméstico, y de esta manera se hizo el descubrimiento.

Quitóse la cubierta del pozo y empezó el chorro de peces de tal modo, que, llenando un cubo de agua, la mitad del peso le constiuyen aquellos. Son de varios tamaños, aunque no se sabe que se haya cogido ninguno mayor de una pulgada de largo. El rio ó arroyo mas cercano que cría peces se encuentra á 25 millas de distancia.

Un industrial de Montrón se dispone á enviar á la Exposicion una verdadera maravilla de trabajo de paciencia, digno de excitar la curiosidad de todo el mundo. El trabajo consiste en *cien navajas*, con sus mangos de boj, que se abren y cierran, encerradas todas en un hueso